

La publicación ha corrido a cargo del Excmo. Ayuntamiento de Soria, con quien nos congratulamos por la nueva serie iniciada que contribuye a fomentar el conocimiento del pasado de la provincia. Al mismo tiempo cabe reseñar la excelente edición realizada por la Comisión de Cultura de dicho Ayuntamiento.—ESTER MARTÍN SANTAMARÍA.

- A. TRANOY, *La Galice Romaine*, Publications du Centre Pierre Paris 7, París, 1981. (Ed. Diffusion de Bocard), 602 p., XXXVI mapas, XVI láms.

El trabajo continuado del autor en España durante varios años, ya desde sus tiempos de ligazón a la Casa Velázquez, de Madrid, se ve reflejado, como primera impresión, en esta monumental obra subtitulada «Investigaciones sobre el N. O. en la Antigüedad». En efecto, desde los problemas planteados por el poblamiento prerromano hasta la transición al Reino Suevo se analizan primero y se sintetizan a continuación todos los aspectos relacionados con la presencia y dominación romanas en el N. O., entendiendo y abarcando como tal los tres conventos jurídicos de dicho cuadrante: Lucense, Bracarense y Asturicense, esto es, la Galicia hoy española, la portuguesa y Tras os Montes, casi toda Asturias y la provincia de León, y toda la parte N. O. de la de Zamora.

Para este amplio marco, cuya unidad cultural se resalta varias veces pero que tienen unos matices y rasgos propios en cada caso, Tranoy ha elaborado una «tesis de síntesis», pero de síntesis desmenuzada y expuesta sobre unas bases de conocimiento que sólo la presencia del investigador «in situ» puede dar. Ya en la Introducción se señalan las fuentes utilizadas y si bien era de esperar, dada la formación y la especialización científica de Tranoy, el uso y acopio de fuentes literarias y de documentación epigráfica no se menosprecian, como tantas veces ocurre, los conocimientos proporcionados por la Arqueología y la Numismática. El manejo de la bibliografía arqueológica, tanto general como local, permite el uso de unos datos que para algunos aspectos, por ejemplo todos los relacionados con el poblamiento, son fundamentales.

Dividida en cuatro partes o «libros», la obra se inicia con el análisis del N. O. ibérico antes de la conquista romana, a modo de preámbulo quizá un tanto excesivo, del tema principal. El marco geográfico es descrito pormenorizadamente, y en verdad su carácter finisterrano, «bout du monde», es puesto de relieve, aunque habría que añadir que ello no impidió relaciones, marítimas y terrestres, de todo tipo y en todas las épocas.

En otro capítulo se proporciona, a propósito del fragmentado poblamiento prerromano, una lista exhaustiva de pueblos, con indicación de las fuentes de su conocimiento y su localización, cuando ello es posible, lo cual sucede en poco más del 40 por 100 de los nombres aportados por Plinio (61) para los tres conventos noroestinos. Resulta una relación muy útil y mejor documentada que otras ya conocidas, al igual que el mapa correspondiente, aunque en éste falte la indicación, tan siquiera probable, de sitios en principio de interés, como Brigantium o Vicus Spacorum.

Un extenso capítulo dedicado al mundo de los castros, que Tranoy tacha de «mal conocido...», cierra esta primera parte, y en él el autor pasa revista a los asentamientos, tipos de fortificación y habitat, así como a todo lo que se sabe de las actividades económicas, ergología y sociedad castreña y sus estructuras. Pese a lo «mal conocido» que está este mundo, se deja ver con claridad aquella unidad cultural que, según las zonas, es diferente en cada caso.

El libro segundo, dividido en tres grandes capítulos, trata de la conquista y administración romana. En el primero, desde la expedición de don Junio Bruto en el 139 hasta el final de las guerras cántabras, Tranoy desmenuza las fases de aquella conquista: la lusitana y la astur-cántabra. Manejando bien todas las fuentes y la bibliografía más

importante y/o competente llega a la conclusión de que tras más de un siglo de intentos, Roma se hace con el poder y con las riquezas naturales, mayormente mineras, de Galicia, Asturias y Cantabria, pero con mucho mayor esfuerzo en estas dos últimas zonas.

La integración administrativa se hará, sobre todo, a partir de la creación y delimitación de los conventos jurídicos, que parece hay que aceptar haya ocurrido con Vespasiano y no antes como se había venido sosteniendo sobre todo desde Albertini. Fija Tranoy los límites de estas demarcaciones pensamos que de modo casi definitivo, aunque pueda haber interpretaciones diversas de detalle, por ejemplo en el punto de convergencia de los tres conventos.

La reorganización militar, una vez disueltas o trasladadas las tropas de la conquista, fijada en torno a la Legio VII Gemina y precisamente también desde Vespasiano, es asimismo analizada aunque, en general, remitiéndonos a trabajos de Le Roux y, quizás, sin hacer excesivo hincapié en el papel romanizador («de vuelta») de los veteranos de cohortes y auxiliares de reclutamiento indígena.

Sí en cambio se le da gran importancia a todo lo referente al desarrollo de la organización burocrática, jurídica y financiera a tono con el interés que para Roma tuvo el N.O. en lo económico. El papel de Astorga y, menos, de Lugo, es resaltado ahora como lo será prácticamente en toda la obra.

Precisamente dentro del capítulo sobre la integración económica se incluye el estudio de la red viaria, la más importante y la de carácter secundario pero también de interés vital a veces, con aporte de listas y mapas de utilidad. También aquí se encuentran unas apreciaciones, en general estimablemente justas frente a tanto tópico, sobre las tres ciudades augusteas y sobre las promociones de época flavia que, se comprueba, son decisivas para el noroeste.

Para la explotación minera, como para otros aspectos económicos entre los que se incluye, quizá de modo algo forzado, todo lo relacionado con las migraciones humanas, dispuso Tranoy de toda la bibliografía «ad hoc» y sintetiza bien, en texto, gráficos, tablas y cuadros estos aspectos.

La convivencia y/o asimilación entre la cultura indígena y el imperio romano ocupa todo el libro tercero. De hecho, ya en el prefacio de la obra, Etienne señala, además de una resistencia, que evidentemente hubo, los conceptos de asimilación y aculturación. En la actualidad ya es común entre los arqueólogos e historiadores del N.O. y en concreto del país gallego, el uso, en realidad re-utilización, del término «galaico-romano» para designar una cultura peculiar y una época determinada, de convivencia de dos mundos diferentes aunque, a veces, tengan raíces comunes. El concepto de galaico-romano se ve así revitalizado y lleno de significación, como síntesis superadora de lo exclusiva y tradicionalmente céltico por un lado y lo romano y «civilizado» por otro.

Uno de los temas más profundamente tratados, tanto en texto como en gráficos, es el de las creencias religiosas. Basándose casi exclusivamente en la epigrafía, Tranoy pasa revista primero a los cultos indígenas, descartado ya el «ateísmo» atribuido por Estrabón a los galaicos, ofreciendo una lista, posiblemente completa, de divinidades (con sus rasgos y localización), que por su propio nombre o atributos son evidentemente prerromanas, con independencia de posteriores asimilaciones o sincretismos, centradas en el mundo rural, y más abundantes en el convento Bracarense que en el Lucense y desde luego que en el Asturicense.

Una segunda parte se dedica, con el mismo método y criterio, al estudio de las divinidades romanas y orientales, constatándose una vez más el absoluto predominio de las dedicaciones a Júpiter y con un significativo porcentaje de dedicantes de nombre indígena. El culto imperial, bastante bien documentado para el N.O., y junto con el de Júpiter y la asimilación de los Lares, elemento cohesionador y de control por parte de Roma, es

asimismo bien expuesto. Las escasas muestras de cultos orientales y el problemático santuario de Panoias ceden quizá en interés ante el culto a los muertos y los monumentos funerarios, pues, en este caso, las tradiciones indígenas permanecen, aunque sea de modo latente y, de por sí, más oscuro y «etéreo». El problema de las cámaras con Pedra Formosa intenta resolverlo Tranoy, una vez expuestas las distintas y controvertidas tesis más o menos conocidas, atribuyéndole a aquéllas una función claramente funeraria, a pesar de los razonamientos de otros autores. El estudio de la tipología de los monumentos funerarios romanos, con gran predominio de las estelas, (la tradición prerromana de nuevo), sobre altares, placas o cipos, completa este capítulo.

Mucho más espinoso aún resulta ser el tema de las estructuras sociales. La pervivencia de la onomástica indígena y la introducción de la romana da pie a Tranoy para hablar de los tipos de filiación y también del problema de las gentilidades / castella / centurias / etc., o sea, de la C invertida, que intenta solucionar comparativamente atribuyéndole un valor centurial pero no tanto militar como de organización administrativa y económica. Estas estructuras indígenas aparecen también reflejadas en las téseras de Astorga, Carbedo do Courel y Castromao, cada una con modalidad de *hospitium* diferente. Como ya se indicaba antes, y como conclusión a esta parte, hay que convenir con el autor en que la cultura indígena sobrevive al tiempo que algunos grupos sociales van adoptando modos e ideas «romanizadoras».

El cuarto y último libro de la obra, centrado en la crítica época bajoimperial, analiza y sintetiza a la vez, por un lado la evolución administrativa y política de la *Gallaecia* desde Caracalla hasta el fin del Imperio, y por otro, las transformaciones sociales y económicas durante ese mismo período. La fortificación de las ciudades, el desarrollo de las villas (que la prospección está revelando cada vez más abundantes), y la permanencia ocupacional de los castros, (o bien su re-ocupación no siempre bien comprobada, pensamos), se va a producir paralelamente a la entrada del Cristianismo: las fuentes textuales, bien conocidas por Tranoy, y la documentación arqueológica, escasa pero en general decisiva (y más ahora, con posterioridad a esta publicación, en que conocemos nuevos hallazgos), permiten hablar de comunidades paleocristianas en el siglo IV, y a continuación, el problema del Priscilianismo y su especial incidencia en Galicia ocupa algunas páginas. Sin duda, hay que señalar que el impulso definitivo de la romanización vino dado precisamente por el Cristianismo.

De la misma manera que una amplia introducción precedía al tema principal de la Galicia romana, un a modo de extenso capítulo epilodal trata de la implantación del Reino Suevo. Ambas «extrapolaciones», en el buen sentido, resultan sin embargo útiles y justificadas si se piensa, y en la cabeza del autor algo así debió de suceder, que no se puede entender lo galaico-romano sin lo indígena ni la evolución histórica del N. O. (política, económica, social y religiosa) sin los aportes germánicos.

Una mención especial merece el apartado, muy extenso, dedicado a bibliografía. Era necesaria una recopilación de la edición de las fuentes literarias, epigráficas, arqueológicas y numismáticas puesta al día, (en este caso hasta 1980) y referida al N. O. ibérico. Desde obras generales a artículos localistas de detalle, tan importantes a veces, se recogen al final de la obra, y su utilidad, tanto para comprobar asertos como para guía de futuras investigaciones, será grande.

Así como las láminas cumplen una función poco más que ilustrativa, con ejemplos representativos, en general epigráficos, los gráficos y tablas dispersos por el texto, y los mapas, en conjunto o por conventos, insertos al final del libro son especialmente documentadores, aunque en estos últimos existan detalles que no tienen por qué recabar la conformidad total con sus datos.

Unos índices de fuentes, onomástico, geográfico y etnográfico, y de asuntos completan

la obra que, en general y con independencia de la disparidad de criterios y opiniones que pueda merecer y de hecho ya merece, supone una aportación fundamental al conocimiento de más de 700 años de historia del N.O., más y mejor presentado que otros intentos de síntesis, y es revelador de un trabajo científico continuo sobre el tema y, en verdad, realizado con unos apoyos y unos medios difícilmente alcanzables en otras latitudes.— FELIPE ARIAS VILAS.

Jean-Gerard GORGES, *Les villas hispano-romaines. Inventaire et Problématique archéologiques*, Paris, De Boccard, 1979, 4.º, 530 p. LXX láms.

El autor se ha propuesto efectuar un estudio de conjunto de lo que solemos llamar *villae*, circunscrito al ámbito de la Península Ibérica. Su trabajo se ha concretado a aquellos casos donde existen restos arquitectónicos y no a los muchos en que, a falta de otras posibilidades de identificación, unos hallazgos superficiales de cerámica y *tegulae* reciben ya el nombre de villa. Esto me parece un buen criterio puesto que de no ser así lo que realmente se hubiera trazado habría sido un ensayo de *Forma Orbis Romani Hispania* en que el complejo carácter, económico, social, arquitectónico, etc., de la *villa* habría quedado desfocado e impreciso. De todos modos esta depuración sólo ha tenido lugar a medias. Habida cuenta que las descripciones de los agrónomos latinos encajan sólo en un ámbito centroitalico-campano, las diferencias de la geografía peninsular donde Columela parece aplicable en una zona mediterránea y la amplitud de uso a que se presta Tacito, cuya amplitud cae en la indefinición, el significado, cosa no siempre fácil, debe reconstruirse con una documentación arqueológica muy extendida en el espacio y en el tiempo pero también muy fragmentaria. Bastará pensar en este caso lo poco que sabemos sobre útiles agrícolas procedentes de *villae*.

Para Gorges el desarrollo histórico queda encuadrado entre la época republicana y el siglo vi d. C. En principio no me opongo a ello, ya identifiqué como poblamiento rural romano lo que algunos llamaban «poblamiento ibérico de llanura». Lo mismo se diga en el caso de una perduración de algunos yacimientos en el siglo vi. En realidad estos apartados resumen una de las conclusiones de la obra y es una consecuencia del método seguido.

El estudio geográfico, clima, relieve, humedad, composición de suelos, etc., es una de las mejores partes de este libro. El contraste es evidente con los apartados dedicados a las transformaciones humanas. El peso de las comunicaciones en ocasiones cuenta más en la exploración actual, p. e. la zona de Termes, Hita, Sigüenza, etc., que en el pasado. La tradición culta de una villa episcopal o universitaria no ha dejado de tener su peso ya en el pasado inmediato. También habrá que revisar conceptos como el del «rudo clima continental» de la región vaccea, harto más soportable que el clima del Ravennate, el carácter pastoral de los *Carpetani*, tras la serie de hallazgos y exploraciones de *villae* en el último quinquenio, advertir el interés de la economía del *saltus*, válida para muchos pueblos pedemontanos, y en especial el carácter complementario ganadería-agricultura en las dos Mesetas y singularmente en la Meseta norte.

Con ello todo el problema demográfico, de densidad de ocupación del suelo, etc., debe interpretarse *cum grano salis*, como indicativo, y convendría tener más en cuenta lo que sabemos sobre la demografía de la Baja Edad Media para comprender cuán exageradas han sido, y son en ocasiones, las cifras de poblamiento que se han propuesto para Hispania.

También debo hacer constar mis reservas con respecto a las orientaciones tanto